

NAVIDAD 2011
FR. RAÚL VERA LÓPEZ, O.P.
OBISPO DE SALTILLO

En medio del dolor y del futuro incierto,
la luz de la organización social de los pequeños,
es la esperanza y Buena Nueva de esta Navidad 2011

*“El niño... Viene de lo alto para visitarnos cual sol naciente...
para guiar nuestros pasos por un sendero de paz” (Lc.1,76-79)*

México y Coahuila tienen una Luz para vencer sus desafíos

Esta Navidad la recibimos en medio de un ambiente de violencia generalizada, de crisis política y económica, particularmente en el Estado de Coahuila, sin que esto signifique que en el resto del país reine la calma o se viva en una bonanza económica, y menos que disfrutemos de estructuras políticas fundadas en la responsabilidad ética. Aunque vivimos en un desorden moral y organizativo a nivel nacional, en el Estado de Coahuila no padecemos únicamente a causa de factores externos, sino que la situación peculiar por la que pasamos, ha sido inducida desde el interior del Estado, por corrupción e impunidad. Esto afecta de manera directa la vida y la seguridad de los habitantes del territorio que abarca esta entidad federativa.

En Jesús, el Hijo de Dios, el Mesías, el Cristo, el Salvador y Redentor de las mujeres y los hombres que vivimos en esta tierra, cuyo nacimiento conmemoramos en estos días, tenemos una fuente inspiradora del sentido de la vida humana, en sus dimensiones personal y social. Los acontecimientos que vivimos en este momento en el Estado y en México, nos impulsan de manera urgente a escrutar la vida y la palabra de nuestro Señor Jesucristo, para asumir los criterios con los que debemos actuar, si queremos hacernos responsables de la recuperación y reconstrucción de este Estado y este país.

Ésta es mi intención fundamental al ofrecerles una reflexión espiritual y pastoral en este mensaje, con motivo de las fiestas navideñas. Considero que también las personas que no participan de nuestra fe, pueden encontrar en Jesús una rica enseñanza, para hacerse protagonistas de la humanización de la sociedad coahuilense y mexicana. Esta tarea la debemos realizar todas y todos juntos, sin diferencia de credo, de partido político o de cualquier condición que nos haga sentirnos diferentes a las y los demás; a la sociedad en su conjunto le afecta la situación que vivimos y conjuntamente la debemos enfrentar. Cada quien debemos aportar desde nuestra riqueza.

Entender nuestro lugar en la Construcción de la Historia al recibir a Jesús

Una mirada a algunos de los textos bíblicos que hacen referencia al nacimiento de Jesús, ayuda a nuestro propósito. El profeta Isaías anunció el impresionante impacto

que sobre el pueblo iba a tener el nacimiento de Jesús y describe, en base a ricas alegorías, la personalidad del niño que nacería en medio de nosotras y nosotros: *“El pueblo que andaba a oscuras vio una grande luz. Una luz brilló sobre los que vivían en tierra de sombras. Acrecentaste el regocijo, hiciste grande la alegría. Alegría por tu presencia, cual la alegría en la siega... Porque el yugo que les pesaba y la vara sobre sus espaldas, el látigo de su tirano, has roto... Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado. Estará el señorío sobre su hombro, y se llamará su nombre ‘Maravilla de Consejero’, ‘Dios Fuerte’, ‘Siempre Padre’, ‘Príncipe de Paz’. Grande es su señorío y la paz no tendrá fin sobre el trono de David y sobre su reino, para restaurarlo y consolidarlo por la equidad y la justicia. Desde ahora y hasta siempre, el celo del Señor hará eso”* (Is. 9,1-6).

En las narraciones evangélicas de la infancia de Jesús encontramos también datos muy importantes para entender la identidad y la obra de Jesús. Por boca del ángel que anuncia a María que concebiría un bebé, conocemos quién será el niño que va a dar a luz. En efecto, él le dice que, *“será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin.”* (Lc. 1,32-33). Luego, ante pregunta expresa de ella, de cómo sería posible que ella quedara embarazada, puesto que permanecía virgen, el ángel le contestó: *“El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios”* (Lc. 1,35). De la misma manera habló el ángel a José, cuando le pidió que recibiera al niño y a su madre en su casa, porque: *“Lo engendrado en ella es del Espíritu Santo”* (Mt. 1,20).

A través del ángel, María conoció que su parienta Isabel había concebido un hijo a pesar de que era estéril y de avanzada edad (Cf. Lc. 1,36) -ese niño, como sabemos, sería Juan el Bautista (Cf. Lc. 1,11-20; 59-80)- así que se encaminó a visitarla a un poblado de la región montañosa de Judea (Cf. Lc 1,39). Al recibirla en su casa, Isabel, llena del Espíritu Santo, llamó a María, la *“madre de mi Señor”* (Cf. Lc. 1, 43), es decir, el niño que María llevaba en su seno, recibió de parte de Isabel el título de: *“Mi Señor”*. María por su parte, confesó ante Isabel su confianza (fe) y su esperanza en la obra que Dios realizaría en su pueblo y en el mundo, por medio del Hijo, que ella llevaba en su cuerpo. Esta profesión de fe y de esperanza, es el bellísimo cántico de María que nos transmite el Evangelio de San Lucas:

“Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava, por eso desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso, Santo es su nombre y su misericordia alcanza de generación en generación a los que le temen.

Desplegó la fuerza de su brazo, dispersó a los que son soberbios en su propio corazón. Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada. Acogió a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia -como había anunciado a nuestros padres- en favor de Abraham y de su linaje por los siglos” (Lc. 1,46-55).

Por estas palabras conocemos más profundamente el significado de la obra de Jesús, ya que actúa a través de las personas pequeñas y desprotegidas de la tierra. La alegría que refleja este canto es la alegría de las mujeres sencillas, que no cuentan a los ojos del mundo, en donde quienes se sienten a sí mismos grandes, son los que toman las decisiones, con tal de alcanzar lo que se proponen, pasando por encima de los derechos de quienes viven en la pobreza, que obedecen y se someten.

Esta manera de proceder de los grandes a sus propios ojos, contrasta con la actitud de Dios ante María e Isabel, a quienes asume como sus colaboradoras activas en la obra de la salvación, que había ya previsto y anunciado por medio de los profetas. María se alegra al contemplar en ella y en Isabel, la acción poderosa que Dios despliega a favor de mujeres humildes y sencillas, a quienes convoca para ser sujetas activas en su obra salvadora.

Ella asume en este cántico todo lo que el Señor ha hecho en la historia pasada de su pueblo, y se regocija porque el Poderoso sigue actuando de la misma manera en el presente de la historia: Dios dispersa a los soberbios en su propio corazón, despoja de su trono a los poderosos y exalta a los humildes, colma las esperanzas de los hambrientos y controla a los abusivos (Cf. Lc. 1,51-53). Isabel, llena del Espíritu Santo, proclamó bienaventurada a María porque creyó que se cumplirían todas las cosas que le fueron dichas de parte del Señor (Cf. Lc. 1,45).

Al igual que en María e Isabel, con Zacarías pasa lo mismo; en el corazón del esposo de Isabel y padre de Juan Bautista, palpitan la confianza en Dios y la esperanza. Él era un sacerdote del Templo de Jerusalén que no pertenecía a las grandes familias sacerdotales, que disfrutaban y explotaban los bienes que ingresaban al Templo (Cf. Jn. 2,13-16), y que controlaban y dominaban al pueblo. Zacarías, por el contrario, fue un hombre modesto que vivía sujeto a las mismas estrecheces que imponía el Imperio Romano a los habitantes de Judea.

San Lucas nos transmite el júbilo de este sacerdote en el cántico que él mismo entonó el día en que se celebró la circuncisión de su hijo Juan. En dichas palabras él expresó su alegría y sus expectativas ante la intervención de Dios en el mundo, por medio de su Mesías. Afirmó que por medio de Él, Dios despliega su obra salvadora, para rescatar a su pueblo de manos de los que los odian, para que ese pueblo pueda servirle a Dios en santidad y justicia todos los días de su vida (Cf. Lc. 1,69-75).

Zacarías también manifestó la promesa que Dios le hizo por medio del ángel cuando le anunció el nacimiento de ese niño, mientras ministraba en el Templo de Jerusalén. Que el niño llegaría a ser el precursor del Mesías, para prepararle un pueblo bien dispuesto. Que iría delante de Él anunciando la salvación que llegaba a través del perdón de los pecados. Que con el Mesías, Dios enviaba su luz desde lo alto para iluminar a su pueblo, que caminaba en medio de tinieblas y sombras de muerte, para guiar sus pasos por el camino de la paz (Cf. Lc. 1,76-79).

Cuando leemos en el Evangelio los acontecimientos que rodearon el nacimiento de Jesús, desde lo experimentado por María, su esposo José, Isabel, y su esposo Zacarías, vemos que se hacen presentes los signos de vida y construcción que

anuncian el cumplimiento de las expectativas puestas en el Mesías, por parte de personas pobres y sencillas, mismas que son las de todos los pobres del pueblo (Cf. Lc. 1,65-66).

De hecho, aquella noche del nacimiento de Jesús en Belén, un ángel se presentó a un grupo de pastores que velaban sobre su rebaño, en las cercanías del lugar en donde había nacido. De pronto, dice el texto del evangelio: *“La gloria de Dios los envolvió con su luz”* (Lc. 2,9), al mismo tiempo que recibían su mensaje: *“Les anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: les ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor”* (Lc. 2,10-11). Los pastores, que también fueron testigos del himno que entonaban los ángeles al darles la gran noticia: *“¡Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres a quienes tanto ama Él!”* (Lc. 2,14), fueron rápidamente a buscar al niño, y *“encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre”* (Lc. 2,16), como les había anunciado el ángel. Después de confirmar lo que les habían dicho acerca del niño, *“los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto”* (Lc. 2,20). *“María, por su parte, guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón”* (Lc. 2,19), su Hijo era el Salvador, el Cristo, el Mesías, como lo anunciaron los ángeles a los pastores. El Mesías nacía pobre entre los pobres, solidario con ellos, venía a ser uno de ellos y ellas ¡Qué alegría!

Al llegar a presentarlo al templo, cuarenta días después de su nacimiento, continuó el anuncio del cumplimiento de las promesas mesiánicas. Nuevamente son dos pequeñitos, los ancianos Simeón y Ana, quienes salieron a recibirlo. Simeón era un “anawim”, nombre despectivo para el grupo de los insignificantes de Israel, que al sistema político y al económico no les interesaba ni su vida, ni su suerte, ni su muerte, y que eran parte del deshecho de la sociedad. Sin embargo, estos pobres del Señor, tenían firmemente cimentada su fe y esperanza en Dios, esperaban su venida, y tenían total disponibilidad a la acción de Dios. Simeón es descrito por el Evangelio como hombre *“justo y piadoso”,* que *“esperaba la consolación de Israel; y estaba en él el Espíritu Santo”* (Cf. Lc. 2,25).

Cuando José y María llegaron al Templo para presentar al niño, Simeón lo tomó en sus brazos para agradecer a Dios que hubiera cumplido su promesa: *“Ahora, Señor, puedes, según tu palabra, dejar que tu siervo se vaya en paz; porque han visto mis ojos tu salvación, la que has preparado a la vista de todos los pueblos, luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel”* (Lc. 2,29-32).

Ana, por su parte, era una profetiza, también una de las “anawim”; vivió siete años con su esposo y permaneció viuda hasta los ochenta y cuatro años; no se apartaba del Templo, sirviendo a Dios en ayunos y oraciones. Estaba ahí en el momento en que llegaron los padres con el niño, y hablaba de Él a todos los que esperaban la redención de Israel (Cf. Lc. 2,36-38).

La luz que Jesús trajo al mundo atravesaría las fronteras de Israel, para esparcirse por el mundo entero, así lo anuncia el pasaje evangélico que narra la visita a Belén de los magos de oriente, que vinieron desde lejanas tierras, guiados por la luz de una estrella, para postrarse a las plantas del Rey de Israel, y adorarlo (Cf. Mt. 2,1-11).

Debemos tener en cuenta que todos estos pequeños y sencillos de Judá que fueron convocados por Dios, como primeros colaboradores de la obra del Mesías, vivían en un país ocupado por el Imperio Romano. No eran dueños de su tierra, ni de sus propias decisiones en el orden político y económico; vivían sojuzgados a una ocupación militar, que les imponía un sistema político y tributario, mismo que les despojaba de todos sus derechos. Sus mismos connacionales que mediaban en los mandos, como los miembros del Sanedrín y otras estructuras burocráticas, se ponían al servicio del Imperio y fungían como medios de control del pueblo, al servicio del poder. A pesar de ello, esos pequeños convocados por Dios, se movieron para hacer llegar las buenas nuevas de lo que estaba aconteciendo, de acuerdo a lo prometido por Dios, a través de los profetas de Israel.

Las tradiciones vivas que se conservaron por medio de la palabra de todos estos pequeños, pasaron luego a ser documentos escritos, en el comienzo de la redacción de los Evangelios que hoy conocemos, cerca de cincuenta años después de que nació Jesús. El Evangelio de Lucas es uno de los dos que narran pasajes de la infancia de Jesús, y su autor inicia así su obra: *“Puesto que muchos han intentado narrar ordenadamente las cosas que se han verificado entre nosotros, tal como nos las han transmitido los que desde el principio fueron testigos oculares y servidores de la Palabra, he decidido yo también, después de haber investigado diligentemente todo desde los orígenes, escribírtelo por su orden, ilustre Teófilo”* (Lc. 1,1-3).

Este movimiento de los pobres partía de la conciencia de que el Mesías venía a cambiar las cosas. Especialmente quienes se sintieron convocados y tomados en cuenta por Dios, experimentaron en sí mismos la dignidad que los grandes de este mundo no les daban; experimentaron su derecho a participar en la obra del Mesías, que los profetas habían anunciado desde antiguo, de no descansar hasta restablecer la justicia y el derecho en la tierra (Cf. Is. 42,3-4.6-7; 49,6). Los cánticos de María, Zacarías y Simeón son emblemáticos, respecto a la comprensión que ella y ellos tenían sobre la misión de Jesús. Están seguros de que viene a realizar una obra que va mucho más allá de Israel, pero que empieza en su pueblo, con un cambio de situación para ellos; por eso Simeón habla de que será luz de las naciones y gloria de Israel (Cf. Lc. 2,32).

Igual que Israel en tiempos de Jesús, México hoy es un: “País Ocupado”

Mujeres y hombres, mexicanos y coahuilenses, que en una gran mayoría nos confesamos cristianos, tenemos mucho que aprender de todos estos pequeñitos que se identificaron con las causas de Jesús, el Cristo, el Mesías, como lo son la justicia y el derecho que en esos momentos, como pueblo ocupado por el Imperio Romano, se les negaban. Pero se movieron invitados por Dios a colaborar en la obra del Mesías, que los condujo a recuperar su dignidad, y su lugar en la construcción de la historia de su pueblo.

Quienes residimos en estas tierras nos experimentamos en estos momentos como un pueblo ocupado; con un poderío militar que tiene autorización para realizar ejecuciones

extra judiciales, con un sistema político que usurpa nuestros derechos, pues, según ese poder, no tenemos el derecho de acudir ni ante los tribunales internacionales y como lo hicimos, estamos amenazados de que se nos inicien causas penales por esa razón. Hubimos de acudir ante las instancias internacionales quienes no estamos de acuerdo con la ocupación militar de nuestras ciudades, de nuestras calles y de nuestras casas, ni con los asesinatos múltiples ni las desapariciones que no se investigan.

Vivimos otra manera de ocupación del país, a través de grupos armados que nos arrebatan la vida y nuestras propiedades, que usurpan el lugar de las autoridades fiscales y nos cobran los impuestos, bajo amenazas de muerte o de incendiar nuestros negocios si no los pagamos. Somos un país ocupado porque se multiplican las desapariciones forzadas, y a nadie podemos pedir cuenta de ello, para que se investigue en dónde se encuentran nuestros familiares y amistades desaparecidas. Somos un país ocupado porque suman ya más de sesenta mil las personas ejecutadas y no existe autoridad que investigue esas muertes. Somos un país ocupado porque no tenemos instancias judiciales, Ministerios Públicos ni Tribunales a donde acudir para pedir justicia. Somos un país ocupado porque las y los migrantes sufren secuestros y muerte, con la complicidad de autoridades, y la impunidad que permanece.

Estamos en un país ocupado porque se nos niega el derecho a pedir cuentas a quienes nos gobiernan, cuando hacen uso inmoral de nuestros impuestos, convirtiendo en deudas millonarias los impuestos que pagaremos en no sabemos cuántos, de los futuros años de la vida de nuestro Estado, con la desgracia de que gran parte de ese dinero que aportaremos los ciudadanos, no se aplicará para el desarrollo y crecimiento al que, como personas tenemos derecho, sino que el dinero se irá a los bancos, porque fue comprometido por autoridades que nunca nos pidieron opinión para hacer eso. También se nos ha negado el derecho a saber en qué y cómo se utilizó ese enorme monto, porque funcionarios cómplices de otros más deshonestos, cerraron los libros donde podríamos obtener la información que nos permite juzgar a quienes ejecutaron dichas acciones, y obligarlos al resarcimiento del daño.

El Movimiento de los Pequeños puede construir un País y un Estado donde habiten el Amor, la Justicia y la Paz

Tenemos que agradecer a Dios, que como en el antiguo Israel, el Mesías que sigue actuando en el presente histórico, continúa impulsando a los pequeños. Es decir, a aquellas personas que en este momento no cuentan en México, para que empiecen a moverse, conscientes de su dignidad personal y ciudadana, a exigir a los responsables de nuestra seguridad y de la integridad de nuestra vida, que se ponga un alto a tanta injusticia y atropello. Es la luz de la Navidad la que se proyecta en México y Coahuila, por el movimiento de los pequeños, hacia la construcción de un país y un Estado donde puedan habitar el amor, la justicia y la paz. Que las instituciones del país, penetradas por la corrupción, sean reconstruidas y se haga limpieza, removiendo de sus puestos y juzgando, a las personas inmorales.

Que las instancias públicas y privadas, “ocupadas” por las mafias criminales para que les dejen actuar con plena impunidad y les laven el dinero, sean depuradas de toda esta infiltración, y se garanticen en la articulación del país, las estructuras que nos reubiquen en la práctica de la justicia y en restablecimiento del derecho.

Vemos con una grande esperanza el movimiento que surge desde las víctimas de tanta barbarie, que por diferentes caminos se organizan para encarar y cambiar este sistema injusto que se ha apoderado del país, y que multiplica las iniquidades e inequidades de manera sistemática. Los resortes de este movimiento que nace desde la sociedad y que tiene diferentes rostros, con un denominador común que son las víctimas -sobrevivientes y en resistencia-, son la lucha por el reconocimiento de la dignidad humana y sus derechos más fundamentales: el derecho de acceso a la justicia y a la verdad, el respeto a la dignidad de la vida humana y a su integridad; el derecho a la paz, y el derecho a que exista un profundo respeto a los principios éticos, en todas las instituciones públicas y privadas que están al servicio de la comunidad social, entre otros.

Este movimiento hacia la construcción de un País y un Estado de Coahuila más justo y solidario camina en distintas vertientes, cito algunos ejemplos de redes de activistas, defensores, pero sobre todo familiares de víctimas: ‘Nuestras Hijas de Regreso a Casa’ (mamás de las víctimas de los feminicidios en Cd. Juárez); ‘Fuerzas Unidas por nuestros Desaparecidos en Coahuila’ (FUUNDEC) y ‘Fuerzas Unidas por Nuestros Desaparecidos en México’ (FUNDEM) (familiares de personas víctimas de desaparición forzada); Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad (familiares de las víctimas de la violencia generalizada por todo el país). En Coahuila existe un fermento de indignación y “no sometimiento” a los abusos de las políticas públicas del Estado. Con este motivo han surgido organizaciones que luchan por un sistema político con sentido ético y con transparencia.

Igual que Cristo, algunos de los pequeños que luchan por un México distinto, han encontrado la muerte por defender ante los poderosos el proyecto del Reino de Dios, que es un Reino de vida, de justicia, de verdad, de paz y de amor (Cf. Jn. 18,33-38). La lista es grande y no podemos citar a todos, pero no es una simple casualidad que Nepomuceno Moreno Núñez, Leopoldo Valenzuela Escobar y Josefina Reyes Salazar, que denunciaban los dos primeros la desaparición de sus hijos en manos de la policía, y Josefina, el asesinato de su hijo por militares, hayan sido asesinados aunque lo único que habían pedido es justicia. Lo mismo que Trinidad de la Cruz Crisóstomo y otros, que han sido asesinados por defender su tierra y su derecho a la vida, así como la promoción de los derechos humanos, enfrentando el poder corrupto. La sangre de estos justos, como la de otras y otros muchos, unida a la de Cristo, es fuente de ánimo y fortaleza, para quienes buscamos que el Reino de este niño, cuyo nacimiento celebramos, se implante en nuestra Patria.

Con sentimientos de paz y mucho amor para todas y todos ustedes, mis hermanas y hermanos, les abrazo con mucho cariño y les bendigo para desearles una ¡FELIZ NAVIDAD! y lo mejor para el AÑO NUEVO que estamos por comenzar.

Saltillo, Coahuila, Fiestas de la Navidad de 2011

Fr. Raúl Vera López, O.P.
Obispo de Saltillo